

A PROPÓSITO DE NUESTRA PANDEMIA: ALGUNOS INDICIOS SOBRE LA PESTE ANTONINA EN EL

León Romano

Jorge Sánchez-Lafuente Pérez
Universidad de León

Las pestes antiguas ofrecen algunas similitudes con la actual: pavorosa mortalidad a gran escala, daños psicológicos, ignorancia inicial sobre sus causas, huida al campo... y también afines consecuencias demográficas, económicas y sociales globales. Puede que al hombre contemporáneo le separe de las sociedades antiguas, ante todo y básicamente, las medidas profilácticas de que gozamos y verosímilmente también el hecho de que las autoridades antiguas no trataron de maquillar o disimular semejante cuadro social.

Todo lo que atañe a la peste antoniniana sigue hoy en discusión: su virulencia, su extensión en el tiempo, sus consecuencias. Hay sin embargo consenso en la datación inicial que tiene lugar hacia el bienio 164/165 y que, al parecer, llega a Roma en el año 167. También hay consenso sobre la magnitud de la virulencia que se estimó en la época con pérdidas humanas como no se habían conocido hasta la fecha. Esta epidemia dejaba muy por detrás otras como el paludismo que constituía hasta la fecha un factor importante y continuo de morbilidad en la sociedad romana y que, por cierto, debió conocerse bien en el campamento de *Legio VII Gemina*. El origen de la epidemia, cuentan las fuentes, que se produjo durante las operaciones militares llevaba a cabo en Oriente por Lucio Vero. Cuenta la Historia Augusta que

“en Babilonia, en el templo de Apolo, un soldado abrió por casualidad una arqueta de la que se escapó un vaho pestilente que invadió la nación de los partos y de allí el mundo entero.”

Sea cual fuere su origen, pero seguridad desde Oriente, hacia el 167 alcanza Roma donde se encontraba Galeno, el médico de Marco Aurelio, que la describe con escasa precisión. Se ha calculado que en el momento más álgido, la ciudad eterna sufriría hasta cincuenta mil muertes diarias, cifras que parecen exageradas. Más convincente sería la estimación de dos mil bajas diarias para la peste del 189-190, ya bajo Commodo, presumiblemente distinta a la anterior, por cuanto ahora se infectaban tanto animales como humanos. Se ha postulado que esta última pandemia sería una variante afín a la futura peste bubónica.



Figura 1: Fuste de columna reaprovechada: A los Dioses Manes. Heraclida puso este monumento a su piadosísima hija Abinnesia que murió a los once años y para sí mismo. Museo de León.

La epidemia sin duda afectó a la Legio VII hace dos mil años. Parece que fueron las legiones, junto a otros colectivos como los comerciantes y navegantes en general, los principales difusores, pero por si cupiese dudas sobre su extensión, hay indicios de su propagación por Occidente: Gran Bretaña, Marruecos, incluso un testimonio aislado en Brigantium (cerca de La Coruña). La Historia Augusta describe cómo ante la crisis Marco Aurelio repuso las vacantes en el ejército:

“Como la epidemia todavía causaba estragos... instruyó a los esclavos par la milicia como se había hecho en la guerra púnica... también armó a los gladiadores... e hizo soldados de los bandoleros de Dalmacia y Troade... armó a los diogmitas (milicias urbanas) y compró los servicios mercenarios de tropas auxiliares germanas...”

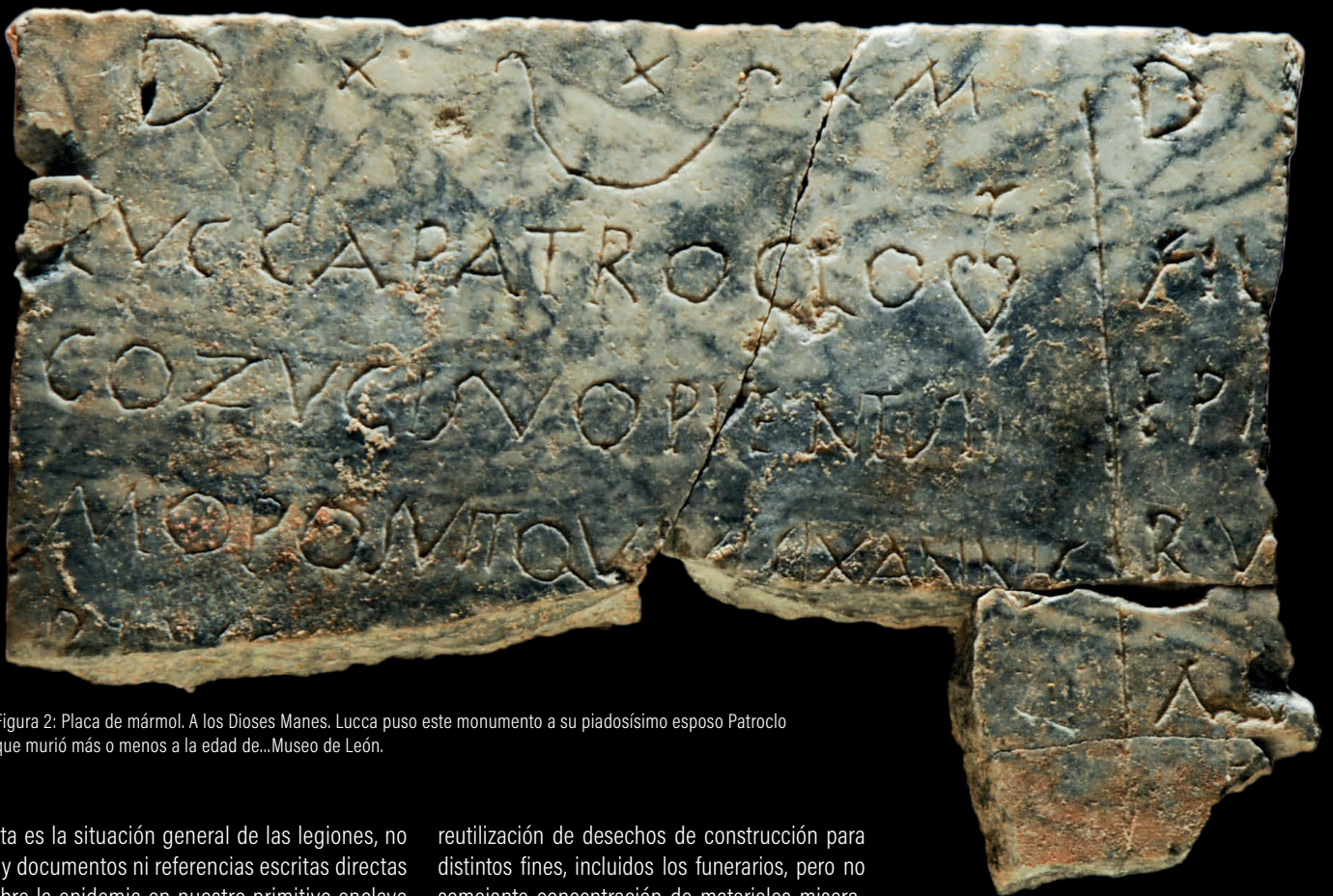


Figura 2: Placa de mármol. A los Dioses Manes. Lucca puso este monumento a su piadosísimo esposo Patroclio que murió más o menos a la edad de... Museo de León.

Esta es la situación general de las legiones, no hay documentos ni referencias escritas directas sobre la epidemia en nuestro primitivo enclave campamental, el mutismo sobre los acontecimientos concretos es absoluto. Sin embargo, contamos con algunas huellas de lo que debió suponer una auténtica catástrofe humanitaria. La concentración y cierto hacinamiento de las unidades militares en barracones debió ser la mecha en la que prendería, con facilidad, la llegada de lo que se ha estimado como una epidemia de viruela.

Cuando en 2010 se extrajeron cerca de cincuenta inscripciones en la Muralla de León, los arqueólogos se encontraron con una veintena de placas funerarias, la mayoría reaprovechadas. Puede afirmarse que buena parte de ellas carecía de la dignidad y consideración usual que la civilización romana prestaba a los difuntos de cualquier extracción social. Se trataba, sobre todo, de placas de diversos tipos de mármol que habían sido utilizadas con anterioridad para la cubrición de paredes de edificios de prestigio y que, posteriormente, habían sido desechadas.

El número de placas que hemos señalado habría sido mayor de haberse extraído todo el conjunto, pero muchas permanecieron embutidas en la muralla por causa del final de la obra. Que se encontraban agrupadas y formaban un conjunto que delata, entre otros indicios, el zócalo de lodo que revestía a la mayoría de ellas hasta media altura, fruto de una eventual inundación de su emplazamiento. Se conoce en Hispania la

reutilización de desechos de construcción para distintos fines, incluidos los funerarios, pero no semejante concentración de materiales miserables, precariedad no atribuible al soporte en sí, que son mármoles, sino por su corte y aspecto; estos efímeros materiales apuntan a la necesidad de dar una solución rápida y colectiva ante una crisis humanitaria y, por otra parte, al hecho presumible de que esos difuntos procedían de la cannaba u otra población cercana. La mayoría de soportes son simples placas pero también hay otros materiales constructivos: así se consignó sobre un peldaño o jamba de mármol el nombre de Laturus; sobre una basa de columna, se escribió el nombre de padre e hija: *Heraclida y Abinnesia*. Pero la mayoría de los textos fueron labrados sobre placas procedentes de revestimiento de paredes. Algunas dedicatorias han llegado solo cuando la conservación lo permitía: Eutica a su piadosísimo esposo Eutanus; Victorina a su piadosísimo hermano *Onesimus*; Lucca a su piadosísimo esposo *Patroclus*; Tittus a su esposa Secura. En otros casos, por contar solo con fragmentos, únicamente podemos referir sus nombres: *Cularus, Lasciva, Quartille, Galena*, etc.

Frecuentemente, en estas placas se escribían de forma muy incorrecta tanto los nombres como formas verbales, etc. También el texto muestra dudas sobre la edad de los difuntos: *plus minus, circa, suptus supra...* Recuerdo cómo, durante el estudio, fueron celebradas enormemente estas incorrecciones por parte de unos filólogos. El conjunto de textos venían a describir no otra cosa que

de las lenguas romances, el principio del futuro castellano. En el caso de la placa de *Semperonia (Sempronía)*, dedicada por sus hijos, prácticamente todas las palabras se escribieron erróneamente. Todavía hoy no pocos epigrafistas, en un ejercicio de hipercorrección, se precipitan a enmendar estas joyas de la lengua, con el fin de “elevar el nivel de estos pobres latines” tratando de homologarlos y acercarlos al prístino uso de la lengua de los mejores clásicos...

Por último, llama la atención una placa de un niño de un año y cinco meses que muestra el problema de las defunciones prematuras, tan comunes en la sociedad romana. Se trata de un *pupus*, de nombre incompleto, acaso *Reburrius*. En todo el noroeste hispano no hay posiblemente documentación epigráfica de un menor de defunción tan prematura; este vacío documental se debe a que no era costumbre erigir *monumenta funeraria* hasta la entrada en la adolescencia. También resulta curioso que el reverso de esta placa conserve las iniciales del lapidario: *Bae (buis)* que coincide con la abreviatura de una conocida firma de exportadores de mármol de Luna (futuro mármol de Carrara).

La contemplación del conjunto de estas placas debía de suponer un espectáculo lamentable. Posiblemente fueron recogidas en varios

columbarios, en la periferia del campamento, junto a una de las vías de salida. Lógicamente se ignora la cantidad de personas a las que tuvieron que ofrecer semejante solución. Únicamente hay que anotar cómo el estudio de estas piezas hace pensar enseguida en una catástrofe humanitaria que las autoridades se vieron obligadas a acometer, empujadas por la urgencia. Muy posiblemente este sea el indicio más notorio de la peste a la que nos referimos, pero de momento no puede señalarse con seguridad si pertenecen a la misma peste antonina o a una de sus réplicas posteriores. Se ha considerado que la peste bajo Commodo no es una continuidad de la primera, sobre todo porque afectó tanto a animales como a personas, además de lo dicho, las réplicas de una o de otra continuaron hasta 250 d. C.

Otro testimonio contemporáneo de la peste corresponde a una interesante inscripción de finales del siglo II o principios del III que se conserva en la Colegiata de San Isidoro de León. En ella, dos miembros de la familia *Cassia*, procedente de la Galia transpadana, erigen un ara (hoy mutilada), dedicada a dos parejas de dioses, por una parte a *Aesculapio* y *Salus* y por otra a *Serapis* e *Isis*. Los dioses de la primera pareja figuran asociados en este tipo de dedicatorias, que también conocemos agrupados en reversos monetarios del momento. Curiosamente la pietas hacia la primera pareja viene teñida de las necesidades genéricas de la curación de enfermedades y de la salud. Al mismo tiempo, la primera pareja es complementaria con la segunda: *Serapis*, confundido en esta época frecuentemente con *Osiris*, es un dios del Más Allá que, unido a *Isis*, requiere de cultos misticos en los que el catecúmeno precisa de ritos iniciáticos que, entre otros aspectos, implicaba la aceptación de una muerte anticipada (no física) para transitar por diversas escalas iniciáticas que finalizaban con una gracia particular de la diosa. Por su parte, *Serapis* es dios de ultratumba, pero también sanador y asociado a oráculos, sueños y visiones. *Serapis* junto a *Isis* forman parte de cultos misticos que, mediante expiaciones, ayudan a alcanzar una nueva vida. Este conjunto de dioses son, en primer lugar, protectores y preservadores de la vida, aunque los dos últimos tienen un carácter más escatológico. Se diría que sobre estos oferentes de la inscripción pesa una vivida experiencia personal sobre la secuencia de alguno de los ciclos de peste: la han vivido o quizás la están viviendo, no puede ser de otra forma por la fecha de la inscripción. Así pues, no era gratuito por su parte agradecer su supervivencia y rogar su favor para su futuro incierto.

Por último, apareció recientemente en León la inscripción de un *evocatus* ofrecida a varios dioses, entre ellos aparece en primer lugar *Salus Augusta*.



Figura 4: Reverso de Dupondio con la efigie de Salus Au[gusta] junto a altar y serpiente que simboliza a Esculapio. Emisión bajo Antonino Pío. Museo de León nº inv. 3320. Foto: Museo de León.

También la datación del texto nos conduce a la misma época de la pandemia, a finales del siglo II. No deja de resultar extraño que, en ese altar, el epíteto de *Augusta a Salus* se llegara a borrar de la inscripción en ese momento. Hay que recordar que la pietas hacia *Salus*, asociada al emperador, se encontraba promovida casi como un culto estatal, especialmente durante los antoninos hasta el final del siglo III. La popularidad de *Salus* se respalda y fomenta desde las cecas imperiales, como el dupondio del Museo de León que reproducimos aquí.

Estas pobres huellas constituyen lo poco que podemos referir de forma tan aislada como indirecta. La suma de estos testimonios solo forman pinceladas ambientales que aluden de forma lateral a los acontecimientos. Nunca contaremos con los *tabularia* (archivos) para evaluar la catástrofe, pero sí podemos tratar de interrogar a los pocos restos que el tiempo ha consentido hacer llegar hasta nosotros.



Figura 3: Ara dedicada, A Esculapio, Salus, Serapis e Isis. Lucius Cassius Paulus Augustianus Alpinus Bellicus Sollers y M. Cassius Agrippa Sanctus Paulinus Augustianus Alpinus... (el texto mutilado, debía proseguir eventualmente con sus carreras o cargos). Museo Colegiata de San Isidoro, León.